



NÚM. 177

BARCELONA, 27 SEPTIEMBRE 1902

26 CENTS.

Ayuntamiento de Madrid



## LA PATRIA

Desde que Julián vino al mundo, en un blanquísimo caserío próximo á Somorrostro, su padre—montañés chapado á la antigua, cristiano viejo y carlista acérrimo—se consagró en cuerpo y alma á la tarea de inculcar en el corazón del rapazuelo los sentimientos de respeto hondo y de entusiasta amor á la religión y á la patria.

Así, cuando el padre de Juliancillo murió, el muchacho, que apenas contaba seis años de edad, sabía que eran deberes suyos amar á Dios, á la patria y al rey, y... no tirar piedras á los nogales de la heredad vecina.

Por patria, muy principalmente, estimó los terrones en que se asentaba su hogar nativo; y por patria quiso también al manchón de castaño que ante sus ojos se dilataba, llegando hasta el trocito del valle donde, entre copudos robles, vivía con dos vacucas su tío Facio.

El rey, para el pequeño somorrostrano, fué el que su padre le enseñó en una estampa, á caballo, con sable en alto y borlonada boina.

Y, en fin, la idea de Dios era para el travieso Juliancete algo muy vago, muy confuso, algo que él no acertaba á vislumbrar claramente entre las nubes del incienso que veía nacer ante el presbiterio y nunca lograba adivinar donde iban á morir.

Pero, no obstante esta mezcolanza de ideas indefinidas, el rapacillo amaba al Dios y al rey que le habían enseñado á amar y se hallaba dispuesto á toda hora para defender á pedrada limpia el cacho de tierra que para él era material y espiritualmente la patria.

••

Huérfano de padre, el niño, al correr de los años, se transformó en hombre; pero en hombre fuerte decidido, valiente y enérgico que, al entender que la patria estaba en peligro, corrió á alistarse como voluntario en las filas de los que se llamaban sus defensores.

Y se alistó en las filas del ejército isabelino.

Y pasaron días y semanas y meses en aburrida inacción, montando guardia tras guardia en plazas fuertes ó en desamparadas aldehuelas, en agrestes montes ó en llanuras sin fin.

Al cabo, el regimiento en que Julián servía recibió orden apremiante de partir á marchas forzadas, porque—según afirmó un viejo sargento—se había enredado la cosa.

Al tercer día de fatigosa jornada, Julián, con el corazón alegre dió vista al valle natal.

El voluntario iba contento porque tornaba á su bien adorada tierra y al fin iba á batirse en defensa de la patria.

••

Se había empeñado la triste y sangrienta acción de Somorrostro.

El plomo carlista causaba numerosas bajas en las filas de los isabelinos, y el regimiento de Julián



avanzó, á pecho descubierto, cargando á la bayoneta sobre una magnífica posición del enemigo; posición emplazada precisamente en el montículo coronado por el blanquísimo caserío en que el muchachote naciera.

Tronaba con lúgubre estampido el cañón, como lanzando imprecaciones y anatemas sobre los que sin piedad se destrozaban en horrible lucha fratricida.

Caían las silbadoras balas como granizada espesa, y de uno y otro bando surgía clamoreo discorde, invocando á la patria.

Cuando al jugar una batería del ejército de la reina, cayó deshecha la trinchera carlista y con la trinchera derrumbóse el hogar de Julián, éste sintió lágrimas en los ojos y rabia en el corazón al pensar que estaba atacando y ayudando á destruir á lo que un día le enseñaron á amar como patria.

Colérico, apesadumbrado, abandonó el fusil y se cruzó de brazos.

Luego, al divisar en el bando enemigo, sobre la colina, la figura de un jinete, con sable en alto y borlonada boina, recordó la estampa que su padre le mostrara y creyó que su puesto estaba al lado del arrogante jinete.

Sin armas, jadeante, sudoroso, rojo por la emoción y por la cólera, Julián atravesó bajo lluvia de plomo y turbonadas de metralla el campo en que se libraba la acción.

Milagrosamente llegó ileso hasta muy cerca del caballero cuya vista le sugestionara. Mas, el jefe carlista, volviéndose repentinamente y tomando al somorrostreño por lo que su uniforme revelaba, esto es, por un enemigo, disparó contra él á boca de jarro un pistoletazo, y Julián, con el pecho agujereado, fué á regar con su sangre el terruño regado con el sudor de sus padres.



♦♦

Cuando en el hospital de campaña rindió su último aliento el infortunado mozo, por efecto sin duda de la fiebre, expiró gritando con delirante vehemencia: —¡No hay patria! ¡No hay patria! Pero si la hubiere... ¡maldita mil veces sea!...

M. R. BLANCO-BELMONTE

## AMOR

Me miras con amor, con santo anhelo,  
leo en tus ojos la pasión más pura,  
y, el carmín que arrebola tu hermosura,  
cual prueba de tu amor... ¡me da un consuelo!...  
Cubriendo tus mejillas ese velo  
y oyendo tus palabras de ternura...  
¿quién vé en el mundo un «valle de amargura»

cuando, á decir verdad, no hay otro cielo?...  
Queriéndome tú siempre, prenda mía,  
desprecio los honores, fausto y oro;  
en tu buen corazón el mío fía  
y esto me basta, porque ¡yo te adoro!  
¡Que, el cielo de tu amor, mayor tesoro  
envuelve, con su excelsa poesía!

J. BELTRÁ MASI



IMPACIENCIA

Ayuntamiento de Madrid



# MI SUEÑO

Harto de leer detalles referentes al regio viaje en la prensa diaria; saturado mi cerebro de ideas recogidas y felices; creyéndome transportado a los distintos parajes que han sido objeto de la real visita; repercutiendo en mis oídos el constante martilleo de las fábricas, el repicar de las campanas, el estruendo de los cañones, el estallido de los cohetes y el incesante griterío de las multitudes; deslumbrados mis ojos por la brillantez de las luminarias, las verdes tintas del ramaje, las abigarradas combinaciones policromas del cartón pintado y la percalina de a real la vara; fatigado, jadeante, sudoroso... entré en mi dormitorio, desnúdeme, tendí mi abrumado cuerpo sobre las nítidas ropas del lecho y al poco rato, comencé a soñar...

Y soñé que yo—que me gano el garbanzo machacando cuartillas, y que apenas me llamo Pedro en cuestión de *haberes* y *yantares*,—yo, era Príncipe heredero de no sé que reino, situado allá *donde Cristo dió las tres voces*, muy poblado y muy rico al parecer; y digo *al parecer*, porque los encargados de instruirme y educarme, no tuvieron más ciencia ni más empeño que los de hacerme creer que mi reino—es decir, el de mi papá—era *el mejor de los reinos posibles* y que en él *se ataban los perros con longaniza*; cosa en verdad muy halagüeña para un Príncipe en visperas de ser Rey, pero decuya falsedad pude convencerme al poco tiempo.

Quedamos, pues, en que yo era Príncipe, en que el Rey mi padre había *cerrado el ojo* diciéndome: —¡Ahí queda eso! y en que yo, al tomar posesión de mi corona, quise darme un paseito por mi reino para saborear personalmente la prosperidad y riqueza de mis buenos, y mil veces felicísimos vasallos, según afirmaban mis maestros.

Monté en automóvil, llevando en calidad de *chauffeur*, nada menos que al Ministro Universal de Monopópolis—que así se llamaba en el país en el cual yo ejercía las funciones de Soberano.

Fornaban la comitiva, como director, mi antiguo dómine, hombre severo, inflado, muy amigo de santones y fetiches, gruñón y cicatero á más no poder, pero que sabía mucho, toda vez que supo elevarse á una posición en la que jamás había soñado, merced á sus triquiñuelas de sabihondo educador de reyes en embrión; á tal personaje se-



guían y acompañaban hasta veinte más, todos muy cortesanos, muy aduladores y muy guapos con sus amplias batas, puntiaguados gorros y descotadas babuchas, pues tal era el traje que más ó menos recargados de adornos de oro, plata y pedrería—usaban los habitantes de Monopópolis; las mujeres vestían una especie de gregüescos que

dejaban al descubierto las piernas hasta el muslo, y uno á modo de chaleco, cerrado hasta el nacimiento del pecho, que quedaba completamente al desnudo, así como el cuello y los brazos; calzaban chapin con lazo y no llevaban adorno alguno en la cabeza, dejando el pelo suelto y tendido sobre la espalda.

Dejemos detalles que no hacen el relato de mi sueño y volvamos á reanudar el viaje interrumpido.

En cuantos pueblos grandes y chicos pasábamos, los vecinos muy majos y alegres salían á recibirnos con músicas, vívas! y cohetazos, organizaban bailes, banquetes en que se comía bien y se empuñaba el codo de lo lindo, adornaban las casas con colgaduras, faroles y guirnaldas, alfombraban las calles de flores y soltaban palomas mensajeras, en mi honor y como señal de júbilo por la llegada de Mi Majestad. Las campanas echadas á vuelo aturdíán el espacio con sus metálicos sonos y todo era regocijo y algarazas, pues

*por donde quiera que fui,  
fue el escándalo conmigo.*

—Vaya,—pensé más de una vez,—mi maestro no me ha engañado. Monopópolis es el pueblo más feliz del mundo, yo el monarca más dichoso de la tierra y él el preceptor más talentado del orbe.

En una ocasión parecióme que la máquina sobre que caminábamos llevaba más velocidad de la prudente y temiendo estrellarme á mitad de viaje, dije á mi *chauffeur*:

—Ministro, vamos muy deprisa.

—El tiempo es oro y la vida un soplo,—me contestó y siguió corriendo carretera adelante con vertiginosa rapidez.

—¡Cuidado con ese precipicio!

—No temáis, señor, en honduras más graves me he metido y ya me véis... ¡tan frescol...

En estas y las otras, llegamos á un pueblo bastante mayor que los hasta entonces por mí visitados.



A la entrada, creí ensordecer: multitud de cañones, cohetes y campanas disparadas á la vez, armaron un estrépito infernal y tan imponente que casi temí entrar.

—Ministro... ¡nos reciben á tiros!  
—En señal de alegría, por la llegada de V. M.  
—¡Carape!... ¡Pues no es poco ruidosa la alegría de esta gente!...

Entramos en la ciudad que—poco más ó menos—estaba engalanada como todas; arcos de cartón, percalina y follaje, colgadas en los balcones,

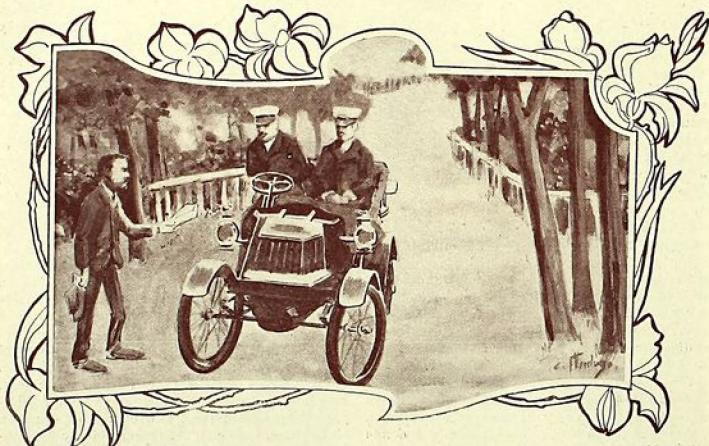
En esto, ví que á la derecha del camino, un hombre, miserablemente vestido, haciendo ademanes descompuestos y gesticulando como un loco, nos presentaba un papel.

Hice al Ministro *chauffeur* que parase el vehículo y señas al desconocido para que se acercase. La comitiva suspendió su marcha y el hombre del papel llegó á mí.

—¿Quién eres?—le pregunté.

—Señor, un maestro de escuela.

—¡Fuera de aquí!—rugió mi exceptor.



mástiles sosteniendo escudos, banderas, gallardetes y farolillos... ¡Siempre lo mismo!... Eso me hizo creer que los habitantes de Monópolis no se distinguían por la originalidad de sus invenciones.

Permanecimos en aquel pueblo dos días y no sé como no pesqué doscientas indigestiones y cuatrocientas fiebres malignas. ¡Tal me pusieron de comer, beber y danzar de un lado á otro, bajo la *protección* de un sol de justicia y un calor de 45° grados!

Dispuesta la partida, emprendimos de nuevo la caminata, no sin que los vecinos de la población nos despidieran con el mismo estruendo que me recibieron.

—Advierto, Ministro,—dije á mi *chauffeur*,—que en todos los pueblos que vamos recorriendo, no se ve ni un mendigo en las calles, ni nada que revele pobreza y disgusto.

—Porque en todo Monópolis reina la abundancia y la ventura, merced á la excelente administración que disfrutan.

—¡Ya se conoce que eres tú el administrador, ¡pillín!

Y le di un regio y familiar tirón de oreja, que agradeció con una sonrisa en él habitual y que daba á su rostro venerable, cierto aspecto mefistofélico.

—¡Fuera, fuera!—exclamó iracundo el coro de cortesanos.

—¡Silencio! Dejadle hablar, que para oírle le he llamado.

—Señor,—continuó el maestro con voz temblorosa y ademán humilde,—dignaos pasar la vista sobre este manuscrito,—y, rodilla en tierra, me presentó el pliego.

—¿Y cómo,—le pregunté,—siendo el pueblo rico, tú, que te dedicas á instruirle, andastan malderopa?

—Señor, porque ese regocijo y algaraza con que los vecinos han recibido vuestra venida son tan artificiales como los fuegos que habéis visto quemar en la plaza; sabed señor, que todos esos terrenos fértiles que veis en derredor, son de los fetiches que habitan aquel sombrío edificio que se alza á algunos metros del pueblo; que tres ó cuatro días antes de vuestra venida, se repartió por el cacique, que dispone de las haciendas y vidas de vuestros súbditos, dinero y credenciales á manos llenas, para que os vitoreasen y...

—¡Impostor!—exclamó el Ministro.

—¡A la cárcel! ¡Granuja! ¡Embustero!

—Ministro,—interrumpí,—¿juras que es mentira lo que dice ese hombre?



—Señor...

—Tan verdad es eso,—continuó el maestro,— como que hace dos años que no cobro el escaso haber que me corresponde.

No pude oír más, el *chauffeur* puso rápidamente en marcha el automóvil y la comitiva nos siguió.

Pernocetamos en el pueblo próximo, y aproveché algunas horas de descanso, para leer el contenido del pliego que me había entregado el dómine infeliz.

El escrito era breve y aquí lo que decía:

«Señor: cuanto habéis visto, es falso; Monopópolis está arruinada, pues los tributos que paga son excesivos y nadie se ocupa de invertir un importe en obras útiles al país; fetiches y mandarines, caciques y cortesanos, se comen alegremente el producto del sudor del pueblo, que trabaja para ellos y solo recibe en cambio disgustos y malas razones; la instrucción pública está completamente anulada y muchos son los habitantes de Monopópolis que no saben leer ni escribir; en todas las poblaciones existen numerosos mendigos, distinguidos ladrones y viciosos sin cuenta; solo viven prósperos y felices los que comen del presupuesto y chupan la sangre al pobre que muere de hambre y fatiga, por la falta de alimento y sobra de trabajo; como los peces grandes se comen a los pequeños, unas cuantas compañías poderosas, en combinación con fetiches, mandarines, caciques y

ministros acaparan la explotación del suelo, el subsuelo, el aire y el agua de Monopópolis; esos arcos de triunfo, esos cañonazos, esas voces y ese regocijo que saludan vuestro paso por los pueblos, encubren momentáneamente á vuestros ojos las miserias que sufren de ordinario los humildes y abnegados vasallos que los habitan; la industria en decadencia, el comercio en ruinas, la población ignorante, pueblos en masa desahuciados y extinguidos por un solo propietario,

*muerte, aislamiento, fieros males:*

eso es lo que abunda en Monopópolis, aunque otra cosa le hagan creer.»

No pude terminar; llamé á mi ministro y le dije:

—Ministro, ese hombre del memorial, ha venido á corrompernos las oraciones; ¡no quiero más viajes! Y tú, estarás de más en cuanto lleguemos á mi Corte.

Desperté, y al recordar mi sueño, me río, á la vez que siento repercutir en el espacio, el eco ensordecedor de las campanas, los cohetes, los cañonazos y los *vivas!* de las multitudes.

¡Cuántas miserias podían socorrerse con el coste de esos harapos pintarrajeados y esa pólvora gastada en salvas!

Pero está visto, pensé; aquí, como en Monopópolis somos así, *pobres, pero alegres.*

LUIS FALCATO

## ALZA Y BAJA

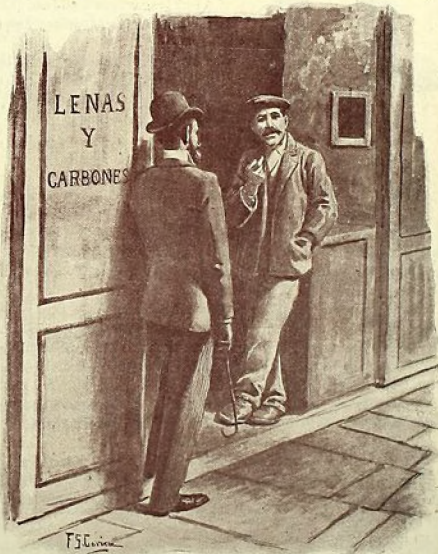
Juanito Vázquez, que era un hombre democrata, todos los días, al salir de su casa para ir á la oficina, echaba un párrafo con el carbonero que vivía en la planta baja del edificio donde él habitaba.

El señor Juan era un carácter reposado, hablaba con pausa y mesura, todo lo medía bien... menos el carbón.

Juanito, era el tipo contrario, hablaba deprisa, andaba deprisa y no se paraba nunca á calcular las consecuencias que pudiera tener, no el primer paso que iba á dar, sino toda una carrera loca y á todo vapor.

En los frecuentes paliques que Juanito y el señor Juan entablaban se enteraron ambos de sus respectivas vidas.

El señor Juan hijo de unos pobres paisanos de Asturias había pasado las de Cain en su infancia y en su primera juventud. Allí en la tierra, había pasado los primeros años de su vida á bofetadas con el hambre y la intemperie. Había sufrido mucho y no había gozado nada.





Después cuando vino á Madrid, entró á servir en una carbonería. El amo era un bárbaro, le hacía cargar con seras de carbón que hubieran derrengado á un mulo, le daba poco de comer y si no andaba listo no le escatimaba los sopapos, moquetes, coscorrones y bofetadas amén de la de los golpes de la esgrima de piernas que el salvaje del amo también sabía emplear cuando llegaba el caso.

Más tarde, á fuerza de paciencia para sufrir al amo, y á fuerza de voluntad, consiguió ahorrar cuatro cuartos que los puso á parir como él decía—á préstamo como se dice vulgarmente—y así consiguió reunir lo suficiente para emanciparse.

Entonces se estableció.



Juanito Vázquez había nacido en buena cuna. Su padre era un señor. Dedicado á la política, ocupó en la administración puestos importantes; influyente y bien relacionado era persona de viso. Juanito se educó entre mimos y en el colegio fué amigo de jóvenes de la grandeza y del mundo de la banca. No recibió en sus primeros años ni una herida de esas que producen las zarzas que pueblan todos los caminos de la vida. Terminó su carrera de abogado sin fatigas ni desvelos; á fin de curso, como él era listo y los profesores amigos de su señor padre, todo se lo encontraba hecho.

Al cumplir los veintidós años quedó huérfano. La casa de Juanito cambió por completo; lo que había sido dorada medianía quedó transformado en pobreza decorosa.

Entonces hubo que pensar en ganar el pan. ¡Aquello si que era un trabajo digno de Hércules! ¿Cómo se gana el pan?

A esta pregunta no supo Juan que partido tomar. Por fin acudió al presupuesto y después á las oposiciones.

Después de quemarse mucho las cejas llegó á ganar en sin igual combate de oposiciones una plaza retribuida con dos mil pesetas al año.

Entonces tomó estado...

\*\*\*

Juanito por los tiempos de mi historia tenía un hijo de diez años.

El señor Juan por la misma época tenía otro de la misma edad.

El hijo de Juanito era un niño de tipo elegante y fino, pero vestía con tal humildad que sino fuera por el derroche de limpieza parecería un pobre. Era inteligente; pero no podía su padre subvenir á los gastos que los estudios producen é ingresó en el taller de un mecánico.

El hijo del señor Juan era un patán, gordote y torpe, pero vestía como un príncipe de un marqués; aunque era muy negado, profesores bien pagados casi casi le iban desasando y ya estaba en camino de ser un bachiller y quien sabe si después saldría diputado por el distrito donde su padre iba comprando poco á poco leguas y leguas de terreno.

—Mi hijo,—pensaba Juanito,—vivirá dentro de algunos años quizá en el soba-banco de la casa donde ocupe el principal el hijo del señor Juan.

Vueltas que da el mundo.

El señor Juan al ver pasar al hijo de Juanito luciendo su figura elegante, figura de señorito, y contemplándole con envidia al compararlo con el palurdo empaque de su vástago vestido con buena ropa, se decía para abogar la envidia de lo que no puede conseguirse con dinero: No importa, lo primero y principal es la guita y mi hijo la tendrá á montones.

¿A qué no echa de menos mi chico la figura que tiene ese pinturero? ¿A qué el otro echa de menos sus pesetas?

TOMÁS CARRETERO







Sabes, curioso lector, que no acierto á hilvanar un artículo para tu *recreo, solaz y esparcimiento...*  
 Como comprenderás, esto me preocupa, por lo que *atañe al caletre... de mi personalidad.*  
 ¿Habrá quedado huero? Lo cual podrá, dicho sea de paso, *resolver un problema.*  
 El de *mi nulidad entre los chicos aficionados al periodismo.*

«Eché sangre por la boca,  
 y yo nunca me pensaba,

era de mi corazón  
 que sus penas delataba.»

Así cantaba, pared por medio de nuestra *salita*, en uno de los alegres ventorrillos situados á la falda de la pintoresca sierra de Córdoba, una mujer, que debía ser muy joven á juzgar por el timbre de su voz, y sobre todo por la extensión de los *jipios*, velados entre el rasgueo de la guitarra y los *jolís* de la concurrencia. ¡Qué hermosa y *nativa malagueña!* ¡Qué voz tan armoniosa! (sin *hache*.)

Ni el ruiseñor en sus melodiosos arpegios, ni la fuente en su murmurio suave, arroban el alma de sentimientos, como aquella voz dulcísima, escapada de garganta misteriosa y privilegiada.

Cantaba como los propios ángeles. Yo puedo asegurar á ustedes que la fantástica (hasta entonces) *cantaora*, me impresionó al extremo, de que *mi cabeza parecía un pisa papeles y mi corazón una obla.*

¿Cómo brotar de labios humanos tanta pena! Mil conjeturas forjamos... de las que dedujimos sería la belleza romántica de un cuento de hadas, para idealizar copla tan vulgar. Un *corazón flechado por Cupido*, y en el último período *amoroso*, podía dar vida á aquellos cuatro versos expresivos de una agonía moral y á los que se asía para desahogarse, purificando su dolor como el fénix en sus cenizas.

A todo esto crecía la *juerga*, y entre los sollozos de la guitarra y el palmoteo de los espectadores, dejó oír de nuevo coplas que traspasaban el alma, más que por la letra por la manera de decir...

Asaz curioso quise conocer la dichosa mortal poseedora de tan hermosa voz, y... *valiera más no conocella.* La visión fantástica que surgiera ante mis ojos, me dejó perplejo, atontinado...

¡Qué transformación más brusca! ¡Qué desengaño más horrible!

Las torturas de un condenado (que supongo sean *el non plus ultra* de las torturas), quedaban *tan niñas* ante las que experimenta como castigo á mi osadía. Desgraciadamente es muy corriente el caso, siempre que se trata de amar lo ficticio á la realidad. Hé ahí la causa del engaño.

En nuestra fantasía inercialmente cremamos una perfección, y nos resultó una bruja ó poco menos.

Una esfinge ridícula; la verdad al desnudo en una palabra. Era fea como un *espantajo*. Asustaba.

...adíos cántaro, huevos,

lechón, vaca y ternero.  
 ¡Oh, loca fantasía!

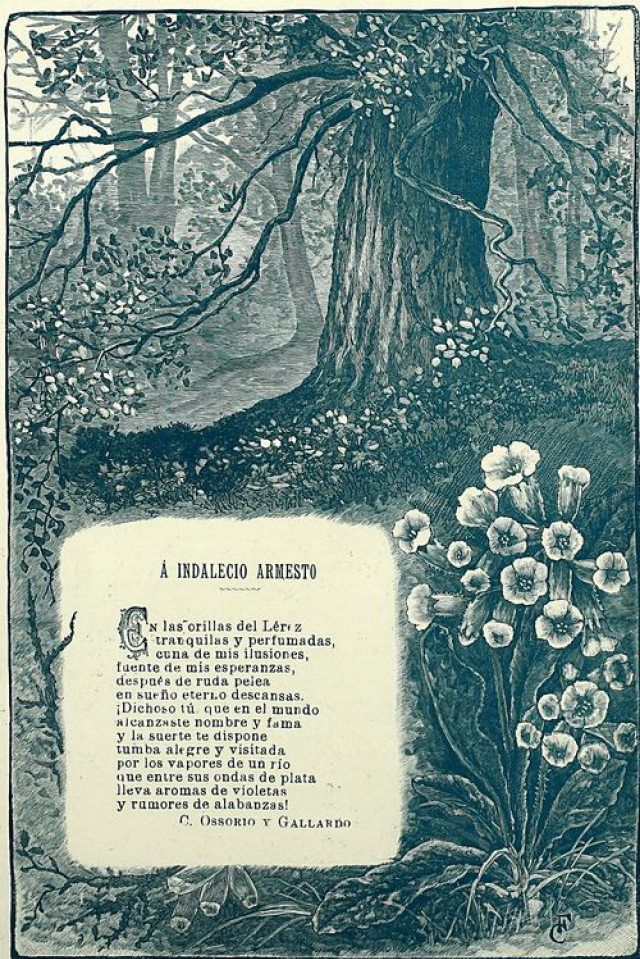
Los castillos fabricados en el viento, se derrumbaron con estrépito infernal, y llamamos al *mozo*, le abonamos el consumo y salimos del ventorro como almas que lleva el demonio.

Las artes diabólicas, de que no habia la tradición, ¡empleaban las brujas, se reprodujeron ostensiblemente en los albores del siglo xx.

Pero á qué seguir ante este contratiempo inesperado. Mis amigos *afearon* la curiosidad, y yo arrojé la pérfola para mejor ocasión, por que las facciones horribles de aquella mujer me embotaron los sentidos. ¡Oh, desengaño cruel! como me mortificas aun!

ABED-UD-RAPHAEL





### À INDALECIO ARNESTO

En las orillas del Lérez  
 tranquilas y perfumadas,  
 cuna de mis ilusiones,  
 fuente de mis esperanzas,  
 después de ruda pelea  
 en su río eterno descansas.  
 ¡Dichoso tú que en el mundo  
 alcanzaste nombre y fama  
 y la suerte te dispone  
 tumba alegre y visitada  
 por los vapores de un río  
 que entre sus ondas de plata  
 lleva aromas de violetas  
 y rumores de alabanzas!

C. OSSORIO Y GALLARDO

Con  
 los señ  
 res el o  
 album

Esta  
 tomos  
 página  
 mo, y  
 insigne  
 dernos,  
 la altun  
 y la e  
 traduce  
 y pulcr  
 el origi

Hast  
 sigui  
 El a  
 Carlos  
 Mag  
 L. Jac  
 El t  
 venson  
 El  
 por L.  
 Orso  
 El H  
 Las  
 nio Ho  
 La r  
 lio Per

Para  
 nistr  
 za de

E  
 de  
 el s  
 del

M A

Des  
 glific  
 ro 1 y

RES



## PEPITORIA

Con el presente número recibirán los señores suscriptores y compradores el cuaderno 39.º de regalo del album JOYAS DEL ARTE.

## BIBLIOTECA AZUL

Esta Biblioteca se publica por tomos en octavo menor de 200 á 300 páginas, con ricas cubiertas al ero. y contiene las obras de los más insignes novelistas antiguos y modernos, pudiendo asegurarse que es la última palabra de la perfección y la economía. Todas las obras, traducidas con la mayor fidelidad y pulcritud aparecen *íntegras*, como el original.

Hasta ahora van publicados los siguientes tomos:

*El asesinato del Puente Rojo*, por Carlos Barbará.

Magdalena la Mendiga, por  
L. Jacolliot.

*El tesoro del pirata*, por L. Stevenson.

*El crimen del molino de Usor,*  
por L. Jacolliot.

Orso, por Enrique Syenkewicz.  
*El Hijo Maldito*, por H. de Balzac.

*Las lágrimas de Juana*, por Arsenio Housaye.

*La necesidad del crimen*, por Julio Perrin.

Para pedidos dirigirse á la Administración de estas Bibliotecas, Plaza de Tetuán, 50, Barcelona.

España puede jactarse de un invento archi-feliz: el soberbio callicida del doctor **LADIVONSIM**

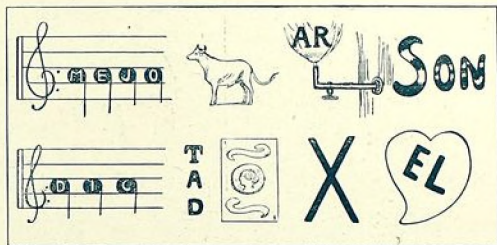
## MÁXIMA JEROGLÍFICA

(EN SALTO DE CABALLO)



Descifrar estos fragmentos jeroglíficos, y empezando por el número 1 y dando saltos del caballo de

JEROFLIFICO, por Nov-jarque



ajedrez, se puede leer una *máxima* con todos ellos.

Las soluciones en el próximo  
número

VIRUTA

No me lo acierto á explicar,  
pero cuando estoy afónico  
no me oyes con los oídos  
y me escuchas con los ojos.

M. PÉREZ SERRANO

**SOLUCION**

*à los pasatiempos del número anterior*

*Jeroglífico.*—No digas á todo el mundo lo que piensas hacer, porque si después no lo haces, se reirán de ti.

*Salto de caballo.*—La más debilidad, si pone cinco sentidos un día y otro en la ejecución de un sólo objeto ó logro de un solo propósito, acabará por salirse con la suya. Al contrario, el hombre dotado de

mejores condiciones si se dedica a todo, si quiere conseguirlo todo, acabará por nada.

## CORRESPONDENCIA PARTICULAR

E. P. de H.—Santander.—No debe extrañar usted la tardanza, pues hay muchísimo original pendiente de publicación, especialmente novelas.

S. A.—Lérida.—El cuento que me envía está muy bien; pero pertenece á la literatura para niños.

*Singiefa*.—¡Poesías! De muy buena gana le complacería á usted, pero ni en dos años acabamos con las que tenemos.

J. M. M.—Ya comprenderá usted que una poesía que empieza:

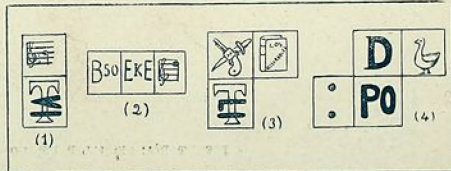
Ven y no escapes ilusión mía,  
ven y no corras que tras ti voy.

es absolutamente impublicable *Tras ti voy* es  
atroz, en castellano.

J. M. L.—El caso es que su carta no lleva indicación alguna del punto de donde procede, y por lo tanto no sé donde dirigirle a us-

J. Q. G.—Santander.—El carácter de letra es preciso, pero el cuento no está á la misma altura.

A. B.—Sitjes.—No están mal los versos, pero el pensamiento hubiera ganado encerrándolo en una forma más concentrada. Ahora resulta largo.

ARTIFICIO JEROGLIFICO, *por Novejarque*

¿Cómo han de estar unidos los precedentes fragmentos para que se pueda leer un *refrán* con todos ellos?

RESERVADOS LOS DERECHOS DE PROPIEDAD ARTÍSTICA Y LITERARIA \* INSÉRTESE Ó NO, NO SE DEVUELVE NINGÚN ORIGINAL

ESTABLECIMIENTO TIPOLITOGRAFICO EDITORIAL «LA IBÉRICA». PLAZA DE TETUÁN, 10.—BARCELONA

Ayuntamiento de Madrid

ALEMANIA



INFANTERÍA: OFICIAL PRUSIANO